

Jesús BALLESTEROS, *Repensar la paz*, Ediciones Internacionales Universitarias, Madrid, 2006, 130 pp.

Jesús Ballesteros, catedrático de Filosofía del Derecho y Filosofía Política en la Facultad de Derecho de la Universidad de Valencia, ha publicado un libro en el que reflexiona sobre la paz y como contrapartida sobre la guerra y sobre los diferentes tipos de violencia. Esta obra se encuadra dentro del interés que ha mostrado el autor en los últimos años por el estudio de los derechos humanos en relación con los problemas de la biotecnología y del diálogo intercultural.

El título de la obra "Repensar la paz" es lo suficientemente sugerente como para animar a la lectura a todo aquel interesado en la defensa de los derechos humanos, la democracia liberal y el Estado de Derecho. La colección a la que pertenece este libro se dirige a un público muy diverso y amplio con formación universitaria. En realidad, el director de la colección REPENSAR, José Pérez Adán, pretende que con obras como ésta se aborden temas importantes del devenir cultural inmediato desde una perspectiva reflexiva y crítica. Autores ya consagrados, como es el caso de J. Ballesteros, brindan nuevas ideas y puntos de vista que, sin duda, pretenden provocar en el lector una profunda reflexión personal sobre cuestiones importantes de nuestro tiempo.

El núcleo central del libro es inédito, a pesar de que el autor recoge, a modo de introducción, un trabajo puesto al día de 1981, "La violencia hoy. Sus tipos, sus raíces". En estas primeras páginas del libro Ballesteros adelanta una definición de violencia sobre la que valdría la pena reflexionar: negación del reconocimiento debido a la persona por el mero hecho de ser tal, como negación de su vida y su dignidad personal. El autor se remonta a Cicerón, Séneca y Ulpiano antes que a Kant para apelar al respeto universal del otro.

Ballesteros repasa detenidamente las formas fundamentales de violencia, comenzando por la explotación económica: "la violencia económica se caracteriza por la primacía del dinero sobre la dignidad personal y sobre la propia vida, y se presenta como venta de lo inalienable en la víctima, en forma de prostitución o trabajo forzado, y en forma de trata en el explotador. El otro queda reducido a mercancía y por ello el trato se reduce a trata. El capitalismo tiende así a cosificar, a reificar las relaciones personales" (p. 25). Es en las páginas dedicadas a la explotación económica en las que el autor ahonda en el pensamiento de Marx y Hegel, entre otros filósofos de relieve.

\* En *Ética y Política en la sociedad democrática*, edición a cargo de Alejandro Llano, Espasa Calpe, 1981, pp. 265-315.

También otra forma de violencia a considerar por su importancia es la violencia lúdica, a la cual se llega desde la desorientación moral que sufre buena parte de la población actual, presa del hedonismo consumista o esteticista. A través del pensamiento de Nietzsche, Ballesteros explica el sentido de la concepción estético-lúdica de la vida, que amenaza de un modo general a la sociedad actual. Según él mismo precisa, “el esteticismo se caracteriza por preconizar la exclusividad de la dimensión lúdica como única con sentido, desvalorizando la diferencia entre realidad y representación, y eliminando toda ética que pretenda juzgar la vida humana” (p. 39).

Por otra parte, junto a ella sitúa la violencia política. Las dos formas fundamentales en que ésta se manifiesta en la actualidad serían, en su opinión, “el totalitarismo y opresión ejercida desde el poder establecido y el terrorismo o violencia realizada desde zonas ajenas al poder, pero que aspiran a detentarlo” (p. 46). De ahí que una de las características de la violencia política pase a ser su carácter colectivo. También otra nota distintiva que analiza el autor es su pretendido carácter purificador y redentor. Estamos así ante un tipo de violencia ideológica.

Tras este trabajo introductorio, plenamente justificado si tenemos en cuenta el tema central del libro, encontramos la obra estructurada en cuatro capítulos. El capítulo I viene destacado con un título, sin duda alguna, elocuente, “las nuevas guerras” es decir, guerras civiles internas, en Estados desestructurados o fallidos, y las guerras civiles internacionales o guerras asimétricas, en las que el terrorismo es el nuevo tipo de arma. Con ello, Ballesteros deja bien claro que en la actualidad ni existe una única guerra ni una sola forma de violencia, el terrorismo. La realidad, por tanto, se muestra ante nosotros mucho más compleja.

A partir de un análisis de los requisitos de la guerra justa, el autor constata cómo los dos requisitos clásicos del *ius in bello* ya no se exigen en este tipo de guerras: por un lado, la diferenciación entre combatientes y no combatientes, de tal forma que sólo a los soldados les era lícito combatir, y sólo ellos podían ser víctimas de la violencia de otro combatiente; por otro lado, el principio de proporcionalidad entre las vidas humanas salvadas y vidas humanas destruidas.

Es evidente que estos requisitos del “ius in bello” fueron desapareciendo progresivamente a lo largo del siglo XX, especialmente, en la Segunda Guerra Mundial, donde casi dos tercios de las víctimas fueron civiles, llegándose en los conflictos más cercanos en el tiempo a una cifra estremecedora: el 90% son víctimas civiles. Todo ello explica que actualmente resulte difícil poder hablar de guerras justas. Ahora bien, quizás el autor debería haber ido en su planteamiento más lejos y reflexionar también sobre el concepto mismo de guerra, independientemente del calificativo de justo e injusto. ¿Es qué se puede hablar verdaderamente de guerras justas?

En los capítulos II y III se estudian las nuevas ideologías que fomentan las guerras, entre otras, el yihadismo islamista. Ahora bien, me parece importante que el autor deje claro desde el principio que esta forma de violencia no tiene ninguna relación con la religión islámica, por ser ésta una religión de paz. Por consiguiente, el yihadismo islamista procede del radicalismo de algunas interpretaciones rigoristas y fundamentalistas que, como explica Ballesteros, sitúan como algo prioritario el retorno del Califato, la fusión-confusión religión-política, y la recuperación de los territorios que con anterioridad fueron del Islam.

Concretamente, el capítulo II, titulado “La guerra de la identidad humillada: el salafismo”, se adentra en el tema del islamismo o salafismo, como ideología que considera antes enemigos a los musulmanes impíos que a los no musulmanes. Para el autor el paso del salafismo académico al terrorista no es religioso, sino fruto del desarraigo y la politización. Se analiza el salafismo yihadista como ideología que justifica la violencia para defender la identidad de los pueblos que se sienten humillados.

Me parece sumamente interesante que en el capítulo III se apunte el paralelismo existente entre el salafismo yihadista y el grupo PNAC (Project for the New American Century), al existir en ambos la creencia en la redención por la violencia. De hecho, el capítulo III está dedicado al estudio de la guerra preventiva y el neoconservadurismo, sobre todo, norteamericano. Ballesteros considera que para entender la ideología que se encuentra detrás del grupo PNAC resulta indispensable analizar cuáles son sus principales fuentes: por un lado, el hobbesianismo y más concretamente la obra de Carl Schmitt, defensor de la tesis de la inevitabilidad del enemigo y de la guerra; por otro lado, el puritanismo y la tesis del “destino manifiesto” norteamericano, en las que se resalta tanto la maldad como la impiedad del enemigo y la licitud de la guerra ilimitada, siempre que se trate de una causa santa. La guerra contra el terrorismo se percibe bajo este punto de vista como la violencia que acabará con todas las formas de violencia, y, por ello, tiene que ser ilimitada. Tal planteamiento, insiste el autor, responde a que la violencia se entiende como redentora.

Me parece que este capítulo goza de una importancia singular en el libro. Tengamos en cuenta que como consecuencia de los terribles atentados terroristas acaecidos en los últimos años, de un modo especial desde el 11 de septiembre de 2001 en Estados Unidos, muchos países, con la excusa de investigar y combatir el terrorismo internacional, han disminuido su grado de exigencia y compromiso con respecto a los derechos y libertades básicos del individuo tales como la libertad y la seguridad, los derechos de defensa o el derecho a la comunicación con un abogado. A mi modo de ver, es importante que se ponga freno a esta actitud, ya que los valores de la democracia y de los derechos fundamentales no deberían terminar siendo la víctima de la lucha antiterrorista.

Coincidiría así con el autor en sus críticas tanto a los ideólogos de la guerra preventiva, la cual contrasta con las exigencias de la teoría clásica de la guerra justa, como a la postura neoconservadora norteamericana en general, por los errores cometidos en su pretendida guerra contra el terrorismo. Desgraciadamente, el modo de pensar de PNAC está en contradicción con lo mejor de la historia de Estados Unidos desde George Washington.

El libro se cierra, con un capítulo IV, en el que Ballesteros se pregunta por los distintos modos de fomentar la paz en el mundo. Es la parte del libro, por ello, en mi opinión, más constructiva y positiva. El autor insiste en la necesidad de defender los valores de la democracia liberal, la universalidad de los derechos humanos y el Estado de Derecho. Ello exige superar el relativismo y la pretendida igualdad de los diversos modelos de convivencia; aunque no por ello habría que defender el etnocentrismo o la pretensión de que el modelo occidental no tiene fallas.

Si la democracia constituye la forma de organización política más adecuada es porque excluye en mayor grado la violencia, al colocar siempre el diálogo en el origen de las decisiones políticas. Ahora bien, para que la democracia sea la forma de gobierno que reduce al mínimo la violencia, necesita ésta también conocer sus límites, que son en realidad los de la política. Como precisa Ballesteros: “Para que la democracia sirva a la causa de la paz hace falta que su hilo conductor no sea la seguridad nacional, sino la seguridad humana” (P. 112). Me parece sumamente importante que en el libro se apunte que la seguridad humana es inseparable de la cooperación para el desarrollo como exigencia de la justicia internacional y del desarme.

Para Ballesteros, un elemento esencial para la paz es la erradicación del odio, y de la indiferencia ante el sufrimiento ajeno. En este sentido, destaca el importante papel que juega el cristianismo como religión abierta que propone como premisa el amor universal, sin limitaciones espacio-temporales de ningún tipo. El cristianismo representa así, para él, la perfecta paz, la absoluta negación de la violencia, aunque reconoce que desgraciadamente esta religión en ocasiones ha vivido de espaldas a este postulado básico.

Del mismo modo el autor defiende sin disimulos que el problema de la paz va mucho más allá de las exigencias de la defensa militar, al exigir, por encima de todo, en su opinión, un esfuerzo por extender unas condiciones de vida dignas para todos, erradicando la miseria y evitando la degradación ambiental.

Tras su lectura, creo que el mensaje principal de esta obra queda bien claro: para hacer posible la paz en el mundo es necesario defender el reconocimiento universal de los derechos humanos, la democracia liberal y el Estado de Derecho, evitando las trampas del economicismo y la insolidaridad.